

EL CAMPO MEXICANO EN EL SIGLO XX



ELIZABETH MONTAÑO B.



Maestría en Producción Animal, Universidad Nacional Autónoma de México, México
adersa@prodigy.net.mx



Warman, A. 2001.
El Campo Mexicano en el Siglo XX.
Fondo de Cultura Económica,
México, 262 p.

97

Nos encontramos con uno de los ensayistas del medio rural más connotados, que después de una larga carrera académica se incorporó al servicio público en puestos de alto nivel, lo que le permitió otra visión, que se pretende complementaria de la primera. En la obra el autor aborda las profundas transformaciones sociales y económicas en el siglo XX y su impacto en el campo mexicano. Para ello deriva su razonamiento final en tres escenarios posibles, el primero denominado de luces, donde la justicia agraria como producto central de la Revolución permite consolidar a este sector como base de la imagen nacional, no obstante, sugiere un segundo, el de las sombras representadas por la marginación y pobreza campesina que emergen generosamente desde la mitad del siglo y se prolongan hasta nuestros días, con una irremediable descapitalización de las unidades agrarias. Sin embargo, también se vislumbra un tercer escenario de claroscuros que si bien no permite triunfos desmesurados, abre un episodio que se sustenta en transformaciones con opciones menos desequilibradas, como se comenta más adelante.

El libro, en palabras de su autor, se concibió, documentó y redactó cuando aquel se desempeñaba como servidor público, utilizando estadísticas oficiales y en un ambiente de abundancia documental. A este respecto, cabe men-

cionar que a pesar de la cantidad de datos en el texto no aparece ningún cuadro o gráfico, lo que habría facilitado la comprensión del análisis expuesto.

Por otra parte, el ensayista advierte que el agregado estadístico es una abstracción que no describe realidades concretas, sino que las simplifica para cuantificarlas, lo que permite una comparación histórica para establecer tendencias y diferencias, como su mayor utilidad.

La obra se presenta en siete capítulos, que muestran en forma general a los diferentes actores del campo mexicano y su complementariedad a través de los acontecimientos del último siglo. Así, en el capítulo I se argumenta que el proceso de dispersión rural es provocado por la pobreza al crear un círculo vicioso de oportunidades aunque a veces sombrías para los campesinos, que duplican un viejo sistema de representación política y desgaste en un camino que aún no termina de recorrerse.

En el apartado II, sobre la población rural, se demuestra una persistencia estructural, donde la relación entre lo rural y lo urbano tiende a permanecer en estos últimos 100 años, esto es que las trece entidades identificadas en 1910 con una población rural superior al promedio

nacional para 1995 se conservaban. En sentido contrario, áreas casi despobladas como Baja California y Quintana Roo por su lejanía de la capital ni siquiera eran considerados estados de la república, convirtiéndose en los últimos 30 años en polos de desarrollo con poblamiento urbano directo.

El capítulo más extenso es el que trata sobre el reparto de la tierra, donde se enfatiza la categoría de reforma agraria anticipada, y por tanto fuera del contexto internacional de su tiempo, no obstante lo sucedido en la Revolución Rusa, de ahí su originalidad. En efecto, la concepción inicial de la reforma agraria era resitutiva, con el fin primordial de reponer la superficie mínima a los habitantes despojados, sin embargo, al tomarse un rumbo complementario para abreviar los complejos trámites burocráticos el enfoque comunitario pasó a ser redistributivo, reconociéndose la personalidad jurídica y organizacional del ejido, que a diferencia de su propuesta original se mantiene con sesgo agrícola en su ejecución a lo largo de todo el siglo XX.

Otro elemento central que se analiza en esta sección es el gran impacto político que tuvieron las acciones corporativistas, que por decreto presidencial conformaron a la clase trabajadora y campesina, para consagrar la política del reparto de tierra como una acción permanente del gobierno y por ende del partido de Estado. Al finalizar se hace una reflexión sobre acontecimientos recientes, como la demanda por la tierra en Chiapas, que según el autor, tiene amplias explicaciones en la presión sobre la tierra, pero no tiene solución agraria, ya que las transformaciones técnicas en el campo difícilmente surgen de una sociedad con economía arcaica y bajo un sistema político excluyente.

En el capítulo IV, que lleva por título producto agropecuario y forestal, sobresale la reproducción por 30 de los valores constantes en la economía mexicana entre 1900 y 1990, lo que parece un buen resultado, si se considera que se generó este crecimiento a partir de los años treinta. Empero, estos resultados lejos de compararse con los obtenidos en los países desarrollados se ven ensombrecidos por su muy bajo nivel de origen y la profunda desigualdad en su distribución. De hecho, la participación del producto agropecuario dentro del nacional descendió en picada, pues de tener 35% del valor en el principio del siglo, se llegó en los años noventa hasta 5% en el sector agropecuario, al interior de una economía en crecimiento y diversificada.

Otro apartado central no sólo por su volumen, sino por su relevancia en el encadenamiento de esta obra es el que trata sobre gobierno, empresarios y campesinos. En el mismo se enfatiza la relación del mandato agrario y la inversión privada para la producción agropecuaria, que tuvo un alto costo debido al temor prevaleciente por el reparto. Adicionalmente, las políticas de desarrollo enfrentaron como nunca antes a los dos grupos irreconciliables, hacendados y agraristas, con el objetivo de impulsar una tercera vía, la clase media rural.

Pero esta solución mexicana en expresión de su autor, era eficaz, aunque corporativa, con un partido único en su práctica y con intervención del Estado en la economía de mercado, promotora de la industrialización y la urbanización.

En el capítulo VI se remarca que de las unidades de producción rural 85% son campesinas, es decir, familias que comparten el trabajo y el consumo de maíz. No obstante, las formas de producción y volúmenes de consumo difieren en un amplio gradiente de diversificación, aunque el escritor reafirma que existe una clara correlación entre el minifundio y la extrema pobreza rural, que si bien no es absoluta, es abrumadora, incluyendo las dos definiciones la imposibilidad de cubrir las necesidades básicas de una familia. Factores que al ser acumulativos hacen de la pobreza un problema estructural que perdura y se transmite por generaciones.

En el último apartado, se proyecta un escenario "teatral", como se comentó al inicio de la reseña, que al mismo tiempo que responde a elementos concluyentes de la obra, representa una provocación a diferentes reacciones de su planteamiento, pero su objetivo principal es contribuir en un futuro mejor documentado para el campo mexicano del milenio que comienza. Los tres escenarios mencionados son expresamente: el muy malo (sombras); el triste, pero soportable (claroscuros) y, el mejor (lucos). En ellos sin duda, se exhibe la posición del autor y su capacidad analítica sobre el tema. Donde señala que las condiciones reales para profundizar la transformación de la sociedad rural se enfrentan a obstáculos poderosos y triviales, no obstante la intención del libro es participar abiertamente, desde una óptica alternativa, en el desarrollo del medio rural con justicia y equidad.